

PECADOS PROPIOS [55]

2026

Meditación (día 10)

En esta primera semana de los Ejercicios San Ignacio quiere que meditemos ahora sobre el pecado, pero no ya en otros pecadores como en la Meditación de Tres Pecados, sino en nuestra propia conciencia personal.

Quiere que recordemos y consideremos los pecados que hemos cometido durante toda la vida, para poder concebir [55] *crecido y intenso dolor y lágrimas de mis pecados*, que es la **petición y fruto de este Ejercicio**. Es permitir que la voz de Dios penetre y desgarrar el corazón humano y le descubra el abismo de su miseria, el inmenso vacío interior que nadie ni nada es capaz de llenar, sino sólo Él.

Es un crecido e intenso dolor teológico que termina en las lágrimas, que son como sangre del alma, doliéndose de haber ofendido a Dios. Y esta es una gracia que tiene que acompañarnos toda nuestra vida espiritual, la conciencia de nuestra propia miseria, y sobre todo cuando se aparta de Dios.

Es la tristeza causada por el recuerdo de las faltas pasadas, pero **tristeza que tiene a su vez un efecto de penitencia saludable**, es una actitud habitual del alma, efecto del temor de Dios y causa de la renuncia; es decir la desnudez y el desprecio de toda riqueza.

Es un sentimiento por la salvación perdida y que este sentimiento debe ser perpetuo, porque es perpetua la necesidad de trabajar en la propia salvación.

Espíritu de esta meditación

El espíritu que tiene que nutrir esta Meditación, tiene que ser de una **humildad confiada**, que hemos venido obteniendo en esta Primera Semana. Y **su fruto** en esta Meditación es **una profundísima compunción del corazón, que nos lleve a una auténtica conversión de la voluntad**.

Dice el Padre Hurtado:

Vamos a esta meditación con vergüenza y confusión —que es el fruto que pedíamos en el Ejercicio anterior— pero transfigurada por el amor de Jesús que ha ofrecido por nosotros el rescate del infierno y nos ha aceptado en su amor (...)

Por eso San Ignacio en la Meditación pasada, y en esta también es conveniente, nos hacía hacer coloquio con [53] *Christo nuestro Señor delante y puesto en cruz* que nos ha salvado del pecado.

(...) Este valle hondo y oscuro de nuestro destierro está muy cerca de la montaña del Calvario, donde Jesús muere por mis pecados. Ahora tenemos ya juicio exacto del pecado, pero no me espantará porque sabemos de antemano que estamos perdonados¹.

Por eso meditar en los propios pecados, pero con un espíritu de confianza en la Misericordia de Jesús. Dice Santa Faustina, escribiendo en su Diario:

Hoy escuché en el alma una voz: *Oh, si los pecadores conocieran Mi misericordia no perecería un número tan grande de ellos. Diles a las almas pecadoras que no tengan miedo de acercarse a Mí, habla de Mi gran misericordia.*

El Señor me ha dicho: *La pérdida de cada alma Me sumerge en una tristeza mortal. Tú siempre Me consuelas cuando rezas por los pecadores. Tu oración que más me agrada es la oración por la conversión de los pecadores. Haz de saber, hija mía, que esta oración es siempre escuchada*².

ACTOS PREPARATORIOS

[55] SEGUNDO EJERCICIO ES MEDITACIÓN DE LOS PECADOS Y CONTIENE EN SI DESPUÉS DE LA ORACIÓN PREPARATORIA Y DOS PREÁMBULOS, CINCO PUNTOS Y UN COLOQUIO.

Para hacer la meditación propiamente hacemos los típicos pasos y preámbulos. Primero, por supuesto la oración preparatoria.

Oración preparatoria:

[46] *Oración.* La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Después de haberse puesto en presencia de Dios, traer la historia (que ahora va a dar los puntos san Ignacio), y esa misma composición del lugar de los pecados.

Composición de lugar:

[47] *1º preámbulo.* El primer preámbulo es composición viendo el lugar. Aquí es de notar que en la contemplación o meditación visible, así como contemplar a Christo nuestro Señor, el qual es visible, la composición será ver con la vista de la imaginación el lugar corpóreo donde se halla la cosa que quiero contemplar. Digo el lugar corpóreo, así como un templo o monte, donde se halla Jesu Christo o Nuestra Señora, según lo que quiero contemplar. En la invisible, como es aquí de los pecados, la composición será ver con la vista imaginativa y considerar mi ánima ser encarcerada en este cuerpo corruptible y todo el compuesto³ en este valle, como desterrado entre brutos animales; digo todo el compuesto de ánima y cuerpo.

Petición:

[55] *2º preámbulo.* El segundo es demandar lo que quiero; será aquí pedir crecido y intenso dolor y lágrimas de mis pecados.

¹ P. HURTADO, *Disparo a la eternidad*, Chile, 197.

² SANTA FAUSTINA, *Diario 1396.1397*.

³ compuesto.

Para lograr el fruto que es este: [55] *crescido y intenso dolor y lágrimas de mis pecados*, San Ignacio pone varios puntos que podemos ir recorriendo uno a uno, o quizás detenernos más en uno que en otro, según los frutos que esperamos y veamos que alcanzamos.

PUNTOS

Se proponen cinco puntos para ir meditando y lograr el fruto de esta Meditación.

I- PROCESO DE LOS PECADOS.

[56] *1º punto.* El primer punto es el proceso de los pecados; es a saber, traer a la memoria todos los pecados de la vida, mirando de año en año o de tiempo en tiempo; para lo cual aprovechan tres cosas: la primera, mirar el lugar y la casa adonde he habitado; la segunda, la conversación que he tenido con otros; la tercera, el oficio en que he vivido.

Dice: [56] *el proceso de los pecados; es a saber, traer a la memoria todos los pecados de la vida.* Proceso incluso en ese sentido judicial, de que me hago un proceso a mí mismo, como buscando descubrir mis faltas, como procesándome, enjuiciándome. Dice Casanovas, comentador de los Ejercicios:

Proceso no ante el Juez, sino ante el Redentor, proceso que me hago voluntariamente para confundirme y avergonzarme. Mientras más pecados, más crecerá la vergüenza, la confusión y el amor... Recoger y amontonar al pie de la cruz todos mis pecados. Ponderando el sentido o aspecto teológico de los mismos. *Contra ti, contra ti solo peque (Sal 50).* «He pecado contra el cielo y contra ti» (Lc 15, 21), con una visión panorámica y como en relieve. **Recorrer la vida** recordando lugar y casa que he habitado; la conversación que he tenido con otras personas, los oficios (Cf. EE 56).

Recordar mi vida por etapas, o mi vida en cuanto a relación con tal o cual persona, en qué he fallado ahí, en los oficios que he ocupado. Se trata de una —por decirlo así— visión panorámica de los pecados, pero de poder englobarlos a todos, no fijándose en cada circunstancia, en los detalles, que eso incluso puede hacernos daño, pero sobre todo en la miseria y malicia de haber pecado y de cada pecado.

II- TOMAR CONCIENCIA DE SU MALDAD Y MALICIA.

[57] *2º punto.* El segundo: ponderar los pecados mirando la fealdad y la malicia que cada pecado mortal cometido tiene en sí, dado que no fuese vedado.

Tomar conciencia de estos pecados que vamos recorriendo, o al menos de algunos pecados que pueda recordar y dolerme, tomar conciencia de su maldad y malicia, con el término propio que usa de *ponderar*, como de «tomar el peso», de finalmente caer en la cuenta como nunca antes, de lo terrible de la maldad y malicia del pecado, de cada pecado, de un solo pecado.

Dice: [57] *ponderar los pecados ... aun cuando no fuese vedado*; es decir, no importa si está prohibido o no pecar, si es algo vedado o no permitido. Incluso si el pecado fuese permitido, aún así mirar su fealdad y malicia.

Fealdad, es decir, una **disconformidad con la recta razón**. Lo bello es lo que es proporcionado, armónico, que tiene rectitud, orden. Entonces lo feo, lo contrario, es lo que es disconforme con la armonía, el orden, con la recta razón. La **malicia** es aquella **depravación en la voluntad que se complace en esa fealdad**.

Dice el Catecismo:

A los ojos de la fe, ningún mal es más grave que el pecado y nada tiene peores consecuencias para los pecadores mismos, para la Iglesia y para el mundo entero⁴.

La fealdad..., lo grave de las consecuencias de este mal, del cual no hay ninguno mayor, que es el pecado. Y más sentido cobra el pecado si para ponderarlo, como dice San Ignacio, recurrimos a la Pasión de Cristo, como ya nos hizo hacer desde la Meditación anterior: cada pecado crucifica al Señor.

Dice San Juan Pablo II:

La Revelación del misterio de la Redención abre el camino a una comprensión en la que cada pecado, realizado en cualquier lugar y momento, **hace referencia a la Cruz de Cristo** y, por tanto, indirectamente, también al pecado de quienes «no han creído en él», condenando a Jesucristo a la muerte de Cruz⁵.

Está indicando San Juan Pablo II que cualquier pecado, en cualquier lugar o momento, hace referencia no sólo a la Cruz —quiere decir que ha crucificado, es causa de la crucifixión— sino que incluso nos asocia, aunque sea indirectamente, al pecado de quienes no han creído en Él enviándolo a la muerte de Cruz.

Ponderar, poner en la balanza cada pecado y lo que cada pecado significa.

Y para esto nos es muy útil las advertencias que da el mismo Señor Jesucristo en visión a Santa Catalina de Siena:

No es que yo quiera que los pecados sean considerados detalladamente, sino de un modo general, para que la mente no se contamine con el recuerdo de pecados concretos y torpes. No debe considerar únicamente sus pecados, sino considerar y acordarse de la Sangre y de la grandeza de mi misericordia para que no caiga en la confusión.

Siempre está, incluso desde el primer momento, como telón de fondo, o como una red de seguridad, digamos, el recuerdo de la Misericordia de Dios, el recuerdo de la Cruz en cuanto que es instrumento de Salvación, para no caer en una confusión mala, de malas consecuencias. Dice Nuestro Señor a Santa Catalina:

En efecto, si el conocimiento de sí mismo y la consideración del pecado no vanazonados con el recuerdo de la Sangre y la esperanza de mi misericordia, caería en la confusión y el desasosiego, y con ellos acudiría el demonio para llevarla, bajo color de contrición y dolor de la culpa y disgusto del pecado, a la condenación eterna; no encontrando ya apoyo en el brazo de mi misericordia, caería en la desesperación⁶.

⁴ CIC, 1488

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Dominum et vivificantem*, 29.

⁶ SANTA CATALINA DE SIENA, *El diálogo*, P II, cap. 4, Los tres escalones del puente, 3, b.

Por eso, no tanto entrar en detalles y jamás olvidarse de que, por eso meditamos ahora, en este tiempo de Misericordia, aquí en nuestra vida, en este mundo, jamás olvidarse del ofrecimiento de Misericordia que nos extiende el Señor.

III- QUIÉN ES EL QUE PECA.

[58] *3º punto.* El tercero: mirar quien soy yo disminuyéndome por ejemplos: primero, cuánto soy yo en comparación de todos los hombres; 2º, qué cosa son los hombres en comparación de todos los ángeles y santos del paraíso; 3º mirar qué cosa es todo lo criado en comparación de Dios: pues yo solo ¿qué puedo ser?; 4º mirar toda mi corrupción y fealdad corpórea; 5º mirarme como una llaga y postema⁷ de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima⁸.

San Ignacio nos pone un punto que sirve para compararme y poder ubicarme, yo pecador, en medio de toda la realidad incluido Dios. ¿Quién es el que peca? Compararme, mirar quién soy yo, disminuyéndome por ejemplo:

1º Pensar, imaginarme, caer en la cuenta, [58] *cuánto soy yo en comparación de todos los hombres.* De todos los hombres que han existido desde el principio de la humanidad y que existen ahora y que existirán; en esos millones de millones. ¿Quién soy yo en lo largo de esa historia que abarca miles de años? ¿Quién soy yo? Ese se atrevió a pecar. Uno entre tantos millones. Un instante entre tantísimos años. «Ese» se atrevió a pecar...

2º [58] *qué cosa son los hombres en comparación de todos los ángeles y santos del paraíso.* Un número más inabarcable todavía, y no sólo en un tema numérico, cuantitativo, sino también cualitativo. ¿Qué soy yo? no sólo ínfimo en número, ya incluyendo a los Ángeles y Santos, sino también en cualidad, en verdadero amor y unión a Dios.

Los Ángeles, dice Santo Tomás de Aquino:

Son incomparablemente más, en número que todos los hombres, porque así Dios hace en orden toda la creación y para manifestar mejor su perfección ha creado el mayor número de las criaturas más perfectas.

3º [58] *mirar qué cosa es todo lo criado en comparación de Dios: pues yo solo ¿qué puedo ser?* Ahí pone San Ignacio la pregunta para reflexión. En todo esto, yo solo, ¿qué puedo ser?

4º [58] *mirar toda mi corrupción y fealdad corpórea,* como cargando las tintas y acentuando el contraste o lo ínfimo que quedo en medio de tanta armonía, orden y belleza. ¿Qué soy yo? En vez de belleza, soy un organismo de corrupción, de fealdad.

5º Como incluso dice con líneas realmente más extremas, [58] *mirarme como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima.* ¿De dónde han salido? Imaginarme yo como una composición particular para este momento de recordar los pecados. Yo, de repente, imaginarme en medio de este organismo de la Creación y de la cual Dios es Cabeza, en este organismo yo soy una llaga, un postema — una llaga que supura— de donde salen venenos, maldades, pecados.

⁷ absceso supurado.

⁸ feísima.

Representa muy gráficamente San Ignacio, quién es éste que se atreve a ofender a Dios; quién es en cantidad y en calidad.

IV- COMPARARME CON DIOS, CONTRA QUIÉN PEQUÉ.

[59] 4º *punto*. El cuarto: considerar quién es Dios, contra quién he pecado, según sus atributos, comparándolos a sus contrarios en mí: su sapiencia a mi inorancia, su omnipotencia a mi flaqueza, su justicia a mi iniquidad, su bondad a mi malicia.

Traer una comparación con Dios: contra Quién yo pequé. El aspecto teológico del pecado: **Ofendí a Dios mismo**. «*Contra ti, contra ti solo pequé*», repetíamos con el **Salmo 50**. Como dice también el Hijo Pródigo en San Lucas 15: «*Padre, he pecado contra el Cielo y contra ti*». (Lc 15, 21). **Lo propio del pecado es la aversión a Dios**.

Dice San Juan Pablo II:

No es posible comprender el mal del pecado en toda su realidad dolorosa sin sondear las profundidades de Dios⁹.

Esto es lo que quiere provocar San Ignacio en este punto, intentar abarcar algo, sondear en la medida de nuestras pocas posibilidades, ayudados con la gracia, abarcar y sondear las profundidades de Dios para que el contraste conmigo, la impresión de ese contraste, sea lo que haga brotar las lágrimas del dolor. Dice Casanovas:

Este punto es altísimo y muy apto para la contemplación larga y reposada. Es aquel noverim te, noverim me (conózcate a ti, conózcame a mí) de San Agustín, aplicado al pecado. El contraste es lo que más ilumina e impresiona, pero a condición de que se conozcan bien los extremos contrapuestos. De nuestra miseria tenemos pruebas palpables, y nos basta abrir los ojos para verla; pero de las perfecciones altísimas de Dios ¿qué concepto nos podemos formar, si no viene la luz divina a iluminarnos? Pidámosla, pues, humildemente, para que podamos entender la gravedad de nuestros pecados, su fealdad y su malicia. Dios escucha al pecador que llega a la presencia de su padre, como el pródigo, y se postra delante de él, para llorar y hacer penitencia.

Una vez, pues, hayamos pedido esta luz del cielo, pongámonos delante de la Divina Majestad, y tomemos uno de sus atributos. Repitámoslo muchas veces con espíritu de verdadera devoción, contraponiendo a él nuestra miseria, haciéndolo por ejemplo de la siguiente manera: Vos sois, oh, Dios mío, la infinita sabiduría, y yo la suma ignorancia; pero la suma ignorancia se ha alzado contra la infinita sabiduría, y la ha menospreciado, pisoteado e injuriado. Por vuestra sabiduría infinita, tened misericordia de mí, y perdonadme mis pecados, pues me pesa de haberos ofendido. Esta letanía digámosla con gran reposo, deteniéndonos en cada palabra tanto como pida nuestra devoción, y repitámosla, y recorramos todos los atributos y perfecciones divinas contrapuestas a nuestras miserias. Es ésta una manera de orar enseñada por San Ignacio, muy apta para golpear la roca de nuestro corazón, hasta que salte el manantial de las lágrimas de verdadera contrición, que es precisamente lo que aquí buscamos.

Es lo que recomienda y tiene mucho fruto, hacer así este punto.

⁹ SAN JUAN PABLO II, *Dominum et vivificantem*, n. 39.

V- ADMIRARME.

[60] 5º *punto*. El quinto: exclamación admirativa con crecido afecto, discurriendo por todas las criaturas, cómo me han dexado en vida y conservado en ella; los ángeles como sean cuchillo de la justicia divina, cómo me han sufrido y guardado y rogado por mí; los santos cómo han sido en interceder y rogar por mí, y los cielos, sol, luna, estrellas y elementos, frutos, aves, peces y animales; y la tierra cómo no se ha abierto para sorberme, criando nuevos infiernos para siempre penar en ellos.

¿Cómo sigo con vida? Dice el padre Casanovas:

Este viaje recorriendo las criaturas si no se hace mecánicamente, sino con devoción, irá intensificando el dolor, pero también creará en nuestra alma un gran sentimiento de **humildad** para aceptar todas las cosas amargas de la vida como fruto natural del pecado. Siempre que nos airamos o quejamos de las adversidades de la vida, nos olvidamos que somos pecadores, que toda criatura tiene derecho contra nosotros, y nosotros no tenemos derecho contra nadie. Es una pequeña expiación en comparación de las penas que mereceríamos, penas que tendrían que llover sobre nosotros, pero que Dios en su misericordia frena.

Y así aprovechar cualquiera de estos puntos haciendo un coloquio.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio

[61] *Coloquio*. Acabar con un coloquio de misericordia, razonando y dando gracias a Dios nuestro Señor, porque me ha dado vida hasta agora, proponiendo enmienda con su gracia para adelante. Pater noster.

[62] TERCERO EXERCICIO ES REPETICIÓN DEL 1.º Y 2.º EXERCICIO HACIENDO TRES COLOQUIOS.

Después de la oración preparatoria y dos preámbulos, será repetir el primero y segundo ejercicio, notando y haciendo pausa en los puntos que he sentido mayor consolación o desolación o mayor sentimiento spiritual, después de lo cual haré tres coloquios de la manera que se sigue:

San Ignacio le pone un título propio al coloquio de este punto, y le llama **Coloquio de Misericordia** por aquello que ya explicamos, que debe estar siempre presente la conciencia de la Misericordia; ¡es palpable!, porque, a pesar de tantos pecados, nos conserva en vida. Y razonando, dice él, dando gracias a Dios nuestro Señor, porque me ha dado vida hasta ahora, proponiendo enmendarme con su gracia en adelante.

Mucho acento entonces en el dolor, no tanto detalle en los pecados, en las circunstancias.

Vale la pena mencionar, y extenderse un poco más, en aquello que pone San Ignacio en una repetición de este punto de los pecados de este Ejercicio; porque más adelante recomienda hacer lo que él llama **un triple coloquio**; es decir, meditando en todo este

tema de los pecados para con más fuerza pedir apartarme de ellos, y pedirlo a tres personas para que vayan intercediendo por mí y me ayuden: pedirle a la Virgen que me alcance de Dios, pedir a Jesucristo que me alcance de Dios, y pedirle a Dios mismo, Padre Todopoderoso, que me alcance las gracias que necesito, sobre todo en este punto de los Ejercicios.

GRACIAS QUE NECESITAMOS PEDIR:

Son tres gracias que vamos pidiendo. Es importante entenderlas porque **San Ignacio nos hace pedir** en este posible triple coloquio, que podríamos hacer y que es muy recomendable. ¿Por qué ir pidiendo estas tres gracias? ¿Por qué es tan importante? Comenzando por la Virgen, siguiendo por Jesucristo, y finalmente con el Padre Celestial, se piden tres cosas:

[63] *1º coloquio*. El primer coloquio a Nuestra Señora, para que me alcance gracia de su Hijo y Señor para tres cosas: la primera, para que sienta interno conocimiento de mis peccados y aborrecimiento dellos; la 2ª para que sienta el dessorden de mis operaciones, para que, aborresciendo, me enmiende y me ordene; la 3ª pedir conocimiento del mundo, para que aborresciendo, aparte de mí las cosas mundanas y vanas, y con esto un Avemaría.

Primera gracia

Coincide con el fruto de este Ejercicio: [63] que sienta interno conocimiento de mis peccados y aborrecimiento dellos.

Para destruir el deseo de pecar, no basta con entender lo que es el pecado, sino es necesario aborrecer. Aquí no es una simple expresión negativa, sino es una palabra con un significado preciso. Significa **destruir la afección al pecado**.

No es simplemente un rechazo general o un deseo de que no se vuelva a repetir, sino que se **destruya cualquier inclinación de nuestra voluntad** y de nuestros afectos al pecado; porque si continúa esa afección, si continúa ese mal hábito, nos va a doblegar la voluntad tarde o temprano.

Pecados pasados y actuales, mortales y veniales. La gracia: conocimiento interno, de **entender a fondo su malicia y deformidad**, con un crecido dolor que me alcance tanto a esto: a aborrecer, a destruir.

Que se nos haga repulsivo, con una tendencia hasta natural a no querer saber más nada con el pecado. Consecuencia de esta **primera gracia es verse pecador en todas las circunstancias de la vida**.

No soy aquel que Dios creó al principio, santo, lleno de gracias, como es la humanidad, digamos. Todo esto lo he perdido, soy pecador, librado del infierno por pura predilección de Jesucristo, y a quien las criaturas aguantan a duras penas sin aniquilarlo, solamente porque lo manda la Infinita Misericordia de Dios.

Cuando Adán cometió el pecado original, nos dice el Génesis, que **huyó de Su presencia**. Entonces el Señor le dirige una significativa y emblemática pregunta: «Entonces el Señor Dios llamó a Adán y le dijo: “¿Dónde estás?”». (**Gn 3, 9**).

Y comenta Straubinger: «¿Dónde estás?»: «No es una simple pregunta, sino la Voz del Padre», como diciendo, y citando a San Ambrosio y diciendo a cada pecador:

¿En qué situación te encuentras? ¡A qué extremo te ha reducido tu pecado, que huyes de tu Dios a quien antes buscabas!

¿Dónde estás, pecador?

Segunda gracia

Vamos pidiendo a la Virgen para que nos alcance de Dios, a Jesucristo para que nos alcance de su Padre, y al mismo Padre, la segunda gracia que va como más a fondo con este espíritu ignaciano de ir a lo más radical y hacer lo opuesto al pecado. Para ir más a fondo no alcanza para dejar de pecar ni siquiera destruir esta afección al pecado, sino sentir el desorden de mis operaciones:

[63] que sienta el desorden de mis operaciones, para que, aborresciendo, me enmiende y me ordene.

Para ordenar mi vida, que es el fin de los ejercicios, no basta con quitar los pecados mortales y veniales deliberados, sino que debo y arrancarlos de raíz los afectos que no llegan a constituir pecado.

Ahora, lo que hay que aborrecer es un **desorden de las operaciones** que quizá no implican pecado propiamente, pero yo voy siempre cambiando el orden y tomando como fin lo que es medio, lo que es medio como fin, obrando desordenadamente, guiándome primero por la pasión y después razonando a ver si es razonable o cómo justifico esa pasión.

¿Qué es desordenado?: Todo lo que se sale de la norma del «Tanto – Cuanto». Ese es el origen de nuestros pecados. Quizás el desorden mismo no llega a constituir pecado, no he llegado a obrar quizás algo malo en sí, algo malicioso, pero sí me tiende a eso, me hace tender.

Una vez que vemos que es el desorden de mis operaciones, querer sentirlo íntimamente hasta aborrecerlo, y con el deseo de hacer propósitos concretos y firmes de cumplir siempre con la Voluntad de Dios.

Dice el evangelista San Juan:

El que se ama a sí mismo, se pierde; el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. **(Jn 12, 25).**

Por eso, ese amor no a sí mismo, sino justamente aborreciéndose a sí mismo en ese desorden y buscando a Dios y la vida eterna para lograr ese orden.

Decía el beato Fray Mamerto Esquiú:

Dios me conceda aborrecer este mal con todo mi corazón y me envíe la muerte antes de cometerlo.

Dice hermosamente también San Juan de Ávila para recordar cómo es el Señor quien quiere enmendarnos:

Y es tanta la gana que esta suma Bondad tiene de destruir nuestra maldad, para que su

hechura no quede destruida, que cuando quiera que el hombre quisiere, y cuantas veces quisiere, y de cuantas maldades hubiere hecho si hace penitencia y pide al Señor que le perdone, está Él aparejado a nos recibir —está preparado a recibirnos— perdonando lo que merecemos —es decir, el infierno, el castigo, perdonando eso— sanando lo que enfermamos, enderezando lo que torcimos —por eso ordenando nuestra vida, nuestro interior— y dándonos gracia para aborrecer lo que antes amábamos¹⁰.

Así está listo Dios, preparadísimo, para que apenas uno quiera enmendarse, cuantas veces quiera, las maldades que haya cometido, está muy preparado Dios para no sólo perdonar, sino sanar, enderezar y dando gracias de aborrecer, que es lo que pedimos.

Tercera gracia

Lo que pedimos primero a la Virgen, a Jesucristo, a Dios Padre, es conocimiento de algo ya más exterior, pero que también es gran fuente de desorden y pecados, que es el mundo:

[63] pedir conocimiento del mundo, para que aborresciendo, aparte de mí las cosas mundanas y vanas.

El mundo malo no es la Creación, que vimos que es obra buena de Dios, sino las máximas, ejemplos, criterios de personas que viven entregadas a las cosas creadas, a los placeres, a lo pasajero, con un ideal terreno, contrario al Evangelio, sin fe, sin temor de Dios.

Este mundo es un ambiente plagado de estos criterios y tendencias y modos de pensar, que se encuentra en todas partes, que se infunde y filtra incluso en cada alma, incluso en casas religiosas, en todo tipo de lugar. Muchas veces ha condenado nuestro Señor, y también los autores sagrados, a este mundo.

Nuestro Señor dijo en San Juan 15:

Si fueran del mundo, el mundo los amaría como cosa suya; pero como no son del mundo, sino que los elegí y los saqué de él, el mundo los odia. (Jn 15, 19)

Y dice el Apóstol Santiago:

... ¿no saben acaso que haciéndose amigos del mundo se hacen enemigos de Dios? Porque el que quiere ser amigo del mundo se hace enemigo de Dios. (St 4, 4)

Por eso debemos, pidiendo esta gracia, apartar de nosotros las máximas del mundo, todos sus criterios, sus principios: la libertad primero, o mi bien individual primero, mi felicidad y el resto no importa, etc.

Para librarnos del espíritu del mundo, dice San Agustín:

Aborrecer lo que el mundo ama y amar lo que el mundo aborrece.

Termino con una expresión de San Juan de Ávila:

Mire el cristiano, que pues el mundo despreció al bendito Hijo de Dios, que es eterna Verdad y Bien sumo, no hay por qué nadie en nada le tenga, ni en nada le crea. Antes mirando que fue engañado en no conocer una tan clarísima luz, y en no honrar al que es verdaderísima honra;

¹⁰ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi Filia*, 86.

aquello repruebe el cristiano, que el mundo aprueba; y aquello precie y ame, que el mundo aborrece y desprecia; huyendo con mucho cuidado de serpreciado de aquel que a su Señor despreció; y teniendo por grande señal de ser amado de Cristo, el ser despreciado del mundo, con Él y por Él¹¹.

Y así, pidiendo las mismas tres gracias, recurrimos a Nuestro Señor y finalmente nos atrevemos, después de recurrir a esos intercesores, a solicitar lo mismo a nuestro Padre Celestial. Y así, sin duda, obtendremos muchos frutos de este Ejercicio.

¹¹ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi Filia*, 3.